

SUSCRIPCIÓN

Por un trimestre en Salamanca. 350 pesetas
Por un año. 14 id.
Id. fuera. 16 id.
Id. en el extranjero. 25 id.
Número suelto. 00'05 id.
Id. atrasado. 00'10 id.

PAGO ADELANTADO

PÁGINA LITERARIA

Las palomas de San Petronio

A MI DISTINGUIDO AMIGO EL SR. DON C. GONZÁLEZ ALONSO

¿Habéis oído hablar de las palomas de San Marcos?—Estoy por afirmar que más bien las conocéis casi de vista que por referencias. Sobre Venecia cae todos los años una legión de pintores noveles, como si la prodigiosa ciudad del mar, tuviera secuestrada la inspiración en sus acuáticas mallas. Y por esto Venecia, como quizá ninguna otra ciudad del mundo, es la que despierta entre los que no la han visto una imagen más plástica y más viva. No sé qué aristocrática originalidad goza entre los artistas y sobre todo entre los pintores, que ninguno de éstos se cree digno mientras no la visita y escudriña y pinta el consabido paisaje veneciano, rebuscado con desesperación desde los mil puntos de vista tomados de antemano por otros, aspirando inútilmente a una novedad imposible. A pesar de esto, Venecia sigue dando asunto a la pintura, como si realmente fuese inagotable, y la pintura y el grabado siguen dando a conocer por todas partes sus calles, plazas y palacios, sus escenas y costumbres. Debe indudablemente a la paleta más que a la pluma. ¿Y quién no ha visto alguna vez la plaza de San Marcos, cuajado el aire de inquietas palomas?

Yo, por más que también he visto en lienzo tan afortunado enjambre, aún no he podido contemplarlo en realidad: por eso no me refiero a él. Las palomas venecianas no son únicas bajo el cielo de Italia y sus hermanas de San Petronio, si bien pueden envidiarse por nombradas y preferidas, seguramente no trocarían por nada la burguesa comodidad que disfrutan y el mimo con que las trata el pueblo de Bolonia. La volandera república vive a lo regio. Su común morada no puede ser más magnífica: el palazzo del podestà, el comunale, el templo de San Petronio... originales monumentos que sirven de marco a una de las más originales plazas de Italia. A las doce en punto suena un cañonazo desde no sé qué punto de la ciudad, y a semejante toque de guerra, se levanta como por resorte aquel ejército de paz, abalanzándose desde todos los puntos circunvecinos, saliendo disparado de las aberturas de los pórticos, de las altas cornisas, de las torres, de los tejados, de las estatuas, de los balcones. Es un movimiento tan simultáneo que obliga a apartarse al transeúnte, por muy familiarizado que esté con el espectáculo. Parece como si se despegasen a un tiempo mil abanicos. Luego la copiosísima banda da una vuelta en el aire y con disciplinado movimiento, como si realizara una maniobra militar, cae de golpe sobre un punto.

Tan cronométrico como ellas es un cierto simpático guardián, encargado por el municipio de servir la colazione a aquella hampa del aire que, sin enojo de nadie, vive descaudadamente del presupuesto. El pobre empleado tiene que sufrir paciente y a gloria la inofensiva brutalidad que en la arremetida ponen sus viejas conocidas, que tanto deben de quererle. Las más osadas ó las más hambrientas se precipitan sobre el cubo; henchido de grano, que lleva cogido al brazo. Las demás toman posadero donde pueden, en el sombrero, en los hombros, yo creo que hasta en la nariz. Desesperada impaciencia las amontona unas sobre otras y cuando el sufrimiento logra desembarazarse un poco y esparcir el grano cuanto le alcanza el brazo, entonces se desparra por el suelo el averío, como manta aterciopelada, saboreando el banquete.

Luego van levantándose poco a poco, a bandadas, y llenando la vecina fuente de Neptuno. Es un momento delicioso para ellas. Allí beben y se bañan como ondinas enamoradas del agua. Un rey no se sirve de taza tan espléndida. La fontana, toda de bronce y mármol, es una grandiosa obra

de arte del siglo XVI. El tiempo ha confundido de tal modo el metal y la piedra, que ya no se distinguen, y el incandescente roce del agua ha dado a la estatua del Dios y al soberbio pedestal poblado de náyades, ángeles, delfines y monstruos, una especial patina, a semejanza de la que ofrecen las peñas bañadas de siglos por el mar. El agua parece que celebra allí una fiesta con el arte. Innumerables hilos, de inverosímil sutileza, se entrecruzan de alto a bajo, de derecha a izquierda y aquella variedad de seres que allí ha asociado el artista, parece que adquiere vida, asateándose de mil maneras unos a otros, en alegre y eterno entretenimiento. Aquel conjunto, asediado por centenares de palomas juguetonas y sedientas, confieso que me ha producido hondamente la emoción de lo bello.

Tal es el espectáculo extraordinario que ofrecen, para hacer la refacción común, las palomas de San Petronio. Pero no es esta la sola ocasión en que bajan de sus guaridas; antes bien pudiera decirse que su mansión ordinaria es la plaza misma, tranquilamente mezcladas con los transeúntes, estorbando a las veces al paso, levantándose delante de tranvías, coches, bicicletas, para caer en nuevo sitio. Su trato con el hombre es verdaderamente paradisiaco y descansa en la fé de un pacto tácito y tradicional. El bolonés se ha obligado a no perseguirlas y las palomas se han comprometido, en cambio, a dejarse coger de manos bolonesas, cuantas veces se las requiera con unos granos de trigo ó unas migajas de pan. Este pacto, sólo posible allí donde la civilización ha corregido cuantos hábitos selváticos caben en la multitud, se cumple sin esfuerzo en Bolonia.

He podido observar que el amor de las palomas está por los golfos y por los niños. Se alcanzan los motivos de tales preferencias. Ellas también son golfas, viven al día, a lo que cae, fiadas a la providencia del pueblo. Además el golfo, siempre tipo atractivo que la civilización transforma sin destruirlo, es liberalísimo de suyo. El ochavo apenas para en sus manos; sus hambres suelen compartirse generosamente. Así es que cuando uno de estos Rinconetes se desayuna en plena plaza, llevado tal vez del instinto que lleva al hombre a hacer común su mesa, llama a sus amigas y a costa de migajas come acompañado y adulado como un príncipe.

Los niños también han conquistado por semejante modo el afecto de las palomas. Suelen las madres bolonesas llevar a sus pequeñuelos a la plaza y darles un buen rato con el inquieto enjambre. Es de ver el frenesí que muestran cuando se van entre ellas y las cogen y rozan con la cara: realizan el invariable sueño de todo niño, la ilusión de cazar mariposas y aprisionar pájaros entre las manos. Sus gritos de alegría detienen al transeúnte, que mira embelesado el encantador grupo que forman la inocencia y su símbolo. Fuera de estos sujetos predilectos, el callejero enjambre no esquiva el trato de nadie, sobre todo si es amistad dadivosa la que se les brinda. También hay muchos niños grandes que usan el inocente placer de rodearse de ellas, echándoles regojos. Son las palomas de San Petronio, en fin, verdaderas ciudadanas de Bolonia, adorno inseparable de la imagen que despierta en todo aquel que la haya visitado, como son sus dos torres inclinadas. Si la vieja ciudad de los estudios pudiera ser destruida por un nuevo Atlántida tras las vicisitudes del tiempo, yo me complazco en imaginar todavía, revoloteando en los aires, la turba de palomas, buscando entre las ruinas el solar de San Petronio.

Perdóneme el lector salmantino este pegote que pongo por final del artículo y que no quiero dejar en el tintero. Son líneas que a él le brindo: De las plazas monumentales y sugestivas, si las hay, es una la de Salamanca.

Sucede con ella lo que con toda verdadera obra de arte: adquiere mayor realce con la comparación, se la tiene en mayor aprecio cuanto más plazas artísticas se hayan visto. Muchas veces se oyen ahí quejas de la

ausencia de algún monumento en el recinto de la plaza, y yo creo que más bien debemos congraturnos de nuestra penuria, que no ha permitido que allí se levante ninguna pedantesca profanación, de las muchas con que el presuntuoso mal gusto de algunas comisiones ha estropeado las obras antiguas. La plaza Mayor se basta a sí misma sin estatuas ni pajareras. Quizá, y salvo más autorización parecer, la única ornamentación inofensiva que allí pudiera añadirse sería palomas, fuentes y flores. Con ellas se acentuaría mucho más el carácter de aquel singular rectángulo. Son elementos que hermean notablemente el aspecto de las ciudades, que componen lo que alguien ha llamado la estética de la calle.

FR. LESCO. Bolonia, 1901.

DEL CAMPO UN VENCIDO

Problema Juan Manuel! Mia que a sus Verso como se ve... Me da una pena! Porque no es el decir que se ha perdido Porque tuviera abandonada la hacienda, Ni porque fueran sus hijos. De esos que andan más de fiesta en fiesta, Qué bien trabajares Y bien honras y bien humildes eran. Pero es lo que le dije muchas veces: Mira Juan, que no sirve que des vueltas, Tal como están los años, no es posible Que pases desenvoltura de esa renta. Y el bien lo comprendía; Pero por el decir de que en la desca Nacieron sus abuelos, Nació su padre, y él y... quién se acuerda De los años que hará que la familia La llevaba de renta! Pues él, naturalmente, Le tenía querencia, Y fuera de la raya, pa él no había Nada mejor en la tierra.

La cuestión de su padre, ¿Qué vas a comparármela con esta? Que su padre vivió desahogamente, Y que crió a los hijos con decencia, Y que tuvo pa darles al casar, Lo mismo a ellos que a ellas, Su buen por qué de ropas, Su buen carro de trigo pa la siembra Y su buen par de vacas Y una punta de veinte a treinta ovejas? Pero ¿cómo vas a hacer la comparación De una con otra renta, Si es la que Juan Manuel ha estado pagando Mas de doblao que aquella? Eran aquellos tiempos otros tiempos, Y no es que yo lo vea. Con mis ojos de viejo, aquellos años De un aquel diferente también eran. Entonces, trabajando, había pa todos; Hoy no se saca pa ellos tan siquiera. Ahora, ya se sabe; Cá cinco años, al hacer la nueva Escritura, un levante, Y no sirve que quieras Tirar pa atrás, que hay otros Que si te escuchas tú, te se atraviesan; Después son los ahogos Cuando los pagos llegan, Y el vender más ganao del debido. De cualquier manera, Y en faltando el ganao, no hay istiercol, Y en faltando el istiercol no hay cosecha, Y que no ties derecho A pedir la rebaja de la renta Por motivo ninguno. Sea causa del cielo ó de la tierra, Lo mismo que si fuera culpa tuya, Que llevas ó que no llevas, Que venga la langosta, O caiga una pedrea; Porque tú coges trigo, ó no lo coges, Pero tienes que pagar buenas pesetas. Total que tú no has visto Miles de veces que al alzar la pértiga Van viniendo los bueyes ellos solos A meter bajo el yugo la cabeza, Y no has pensado que el miedo, El miedo del ajón es quien los lleva? Pues verse de la noche a la mañana Con hijos y mujer sin cuatro tejas Aonde poder meterlos, Y mirar derrotá la poca hacienda, Y ver si a mano viene, Que el hambre ya se acerca,

Es un ajón que a muchos Me los hace poner a la gamella.

¡Problema Juan Manuel! Lo han desahuciado! Ahí en el carro lleva Cuatro trastos de ná, cuatro zaleos, Lo poco que le queda. To lo demás que tuvo, salud, hijos, La poca ó mucha hacienda, El sudor de treinta años... To lo deja enterrao ahí, en la desca... ¡Y entocavía se le caen dos lagrimones Cuando mira pa ella!... BALDOMERO G. GALÁN.

DEL ÚLTIMO CONSEJO DE MINISTROS La prosa tiene también su poesía. Esa nota que en un Consejo de Ministros sirve para expresar a Su Majestad el optimismo complaciente y satisfecho del mando y del poder, aquella nota que así los consejeros del Rey que rabió como los actuales consejeros más ó menos hidrofobos, hacen sonar en los oídos de los Príncipes, tiene su poesía resonante en las soledades de los campos y en la vida de los campesinos. Hay, en efecto, una muestra magnífica de frutos, una cosecha en puerta que dá bendición verla, unos campos de trigo con espigas henchidas, repletas, inclinadas, prontas a desgranarse en lluvia de pan que llena el alma de consuelo el alma de los pobres!... unos garbanzales inmensos, que señalan en el campo unos cuadros de un verde algodonado grueso, nutrido, y hacen exclamar al labrador clásico como no se quem!... unas praderas tendidas, alfombradas que, por esas misteriosas evoluciones que los libros explican y nadie sabe la explicación, se han de transformar en músculos de vacas y de bueyes, de ovejas y cabras, para servir más tarde de energía al labrador, al rico, al pobre... unos frutales, con ramas doblegadas por el peso de la fruta, esa fresca fruta jugosa que más tarde viene en plato elegante a adornar la mesa y a recrear los sentidos con su aroma, su jugo, su color, su dulzura y su agua refrescante... unas tierras baldías que recibieron la lluvia abundosa y reciben el sol fecundizante, pródigo, esplendoroso, cuyos rayos quedan allí en almacén magnífico para recibir con abrazo de vida a la semilla que en Octubre calga... este sol bendición de Dios! que amaneció alegre, sube al trono orgulloso y gallardo baja a ocaso melancólico, hermoso, saltando chispas que no incendian ni destruyen, antes vigorizan y procrean... todo eso bien vale una nota dulce de promesa, de esperanza, y otra nota viva de vida, de cosecha que, a pesar de sonar en los consejos—de ministros—vibra también en las soledades de los campos y en las casas de los campesinos. M. A MI QUERIDO AMIGO J. FRANCISCO MORÁN EN SU PRIMERA MISA Vas a luchar; el siglo que ha pasado su odio a Cristo con huellas inextinguibles al presente ha legado, odio feroz cuyas sangrientas tintas el libro de sus glorias han manchado. Este siglo sin fe mueve su planta para hollar la garganta del ministro de Dios, del sacerdote;

hoy como fiero azote que amenaza destruir la obra de Cristo, Santán resurge del abismo eterno renovando su error y su osadía, se revuelve furioso en el averno y al hombre arrastra a nueva rebeldía. Como inmenso volcán de inmensa furia que el cráter rompe de su fuerte muro, ruga el abismo entre su fondo oscuro vomitando la lava de la injuria. Todo es legal, calumnias asquerosas abortadas del cieno de la orgía, odio feroz, mentiras afrentosas; ¡todo es legal si hacia su intento guía! La plebe turbulenta halagada en sus bárbaros deseos, como en tiempo de Vilos se conjura amaestrada por críes fariseos y llega hasta exclamar... ¡carne de cura! ¡Oyes el grito de amenaza fiera que rompiendo sus cóncavas entrañas, hiende la azul esfera, Y repercute su eco en las montañas? ¡Oyes, querido amigo!... eso te espera. Mañana, cuando el Dios de las alturas, el que hizo los dos grandes lumineros tendiendo el dedo por el ancho espacio, el que marcó su límite a los mares, El que dejando su eternal palacio baje a tus manos y en coloquios suaves más hermosos que el trino de las aves, te muestre los amores del santuario cuyo aroma profundo tiene esencias divinas que hacen dejar las flores de este mundo y abrazarse a las ásperas espinas, te dirá que como El hizo su entrada entre mirto, laureles y amaranto, tu alma también se sentirá halagada con terrenal encanto, pero apagado el brillo con la noche esos laureles regarás con llanto. El excelso Señor de los señores te mostrará la senda de dolores que vas a recorrer, sí, caro amigo, desde hoy el mundo te será enemigo y como el Dios que abandonó la altura por el recinto estrecho del Sagrario recorrerás tu calle de amargura, tendrás Gethesemani, tendrás Calvario. Mas si cual Cristo con la fé y la ciencia combates la moderna Sinagoga, y salvas a la humana inteligencia que zozobra en la duda, y que se ahoga; Si como Cristo del altar descendes a la humilde cabaña del mendigo, sus lágrimas atiendes, y amoroso le ofreces pan y abrigo; Si levantas la frente del huérfano infeliz en su existencia, y con afán sublime llevas fe al alma, paz a la conciencia que en las tinieblas del pecado gime; Si como Cristo siembras amor santo, y entre los anchos pliegues de tu manto cobijas al Señor y al indigente, Dios en la tierra enjugará tu llanto, y tendrás tu Tabor resplandeciente.

JOSÉ POLO B. Colegio de Estudios Superiores, Salamanca.

OBRA NUEVA

EL CARRO

EL MISERIOSO

CRÓNICAS DEL CAMPO

por MARIANO D. BERRUETA De venta en todas las librerías. Precio: 1'50 pesetas.

Esta página literaria se publicará los lunes

Esta página literaria se publicará los lunes

